

Sumario

*Página 1***Editorial: Nunca +a la derecha**

*Página 4***Juventud, divino tesoro
Por Germán Saller**

*Página 13***Inversión en un proceso de
desarrollo
Por Rafael A. Selva**

*Página 24***Las contradicciones del
capitalismo Brasileño y el mito
de la Burguesía Nacional
Por Eduardo Crespo y Javier
Ghibaudi**

Staff

DIRECTOR
Lic. Gerardo De Santis**COORDINADOR**
Lic. Germán Saller**CONSEJO EDITORIAL**
Lic. Alfredo Iñiguez
Dr. Pablo Lavarello
Lic. Miguel Zanabria**EQUIPO DE INVESTIGACIÓN**
Lic. Fernando Alvarez
Lic. Julián Barberis
Lic. Guillermo Bellingi
Lic. Roberto Collivignarelli
Lic. Matías Mancini
Lic. Manuel Rodríguez
Lic. Rafael A. Selva
Cdor. Diego Turkenich
Lic. Julieta Biasotti
Lic. Josefina Marcelo**ÁREA DE PRENSA**
Lic. Edgardo Corroccoli
Lic. Federico Serra
María Verónica Torras

Entrelíneas de la Política Económica

Nunca +a la derecha

Hasta 2007-2008 el funcionamiento económico iniciado en 2003 había resultado atractivo para empresarios y trabajadores. Los dos actores se beneficiaron con la expansión de la demanda y de la producción alimentando un círculo virtuoso donde también subía la recaudación y se daba una intervención activa del estado en materia económica que nadie discutía públicamente. Un conjunto de decisiones había generado las condiciones para un período de crecimiento de la productividad y el empleo, desde el relajamiento de la restricción externa con una reestructuración de la deuda de proporciones jamás imaginada por el "status quo" de los economistas y los mercados internacionales, hasta la recuperación de las instituciones salariales desactivadas por la derecha del peronismo durante la década previa.

Ese círculo virtuoso de crecimiento fijaba un horizonte de valorización del capital tratando de garantizar un aumento constante de la demanda gracias a las instituciones salariales y distributivas. Instituciones que son impulsadas desde arriba por un gobierno que transformó al salario mínimo (y al haber jubilatorio) y a las convenciones colectivas en herramientas de política económica. En este marco, con un tipo de cambio alto la demanda traccionó la recuperación de los sectores de mano de obra intensiva y bienes de consumo durable, principalmente. Los sectores con ventajas comparativas, como lo son los agroindustriales y de insumos difundidos, acumulaban excedentes por los bajos costos internos, sin que ello se tradujera en su inversión en sectores clave de la economía como la producción de bienes de capital y el sector energético privatizado, que no expandieron su capacidad en la magnitud en que se incrementó el excedente.

Además, como resultado del propio éxito, en toda economía subdesarrollada el consumo se hace más sofisticado por la aparición de un nuevo tipo de consumidor de clase media que alcanza bienes y servicios que antes no le estaban disponibles, sobretodo bienes importados y gastos turísticos en el exterior. El efecto no es sólo directo sino también indirecto vía efecto demostración o la vieja teoría de Duesenberry sobre consumo relativo. El parque automotor se expande sobre la base de un bajo componente nacional de partes y los viajes a Miami y a Disney World pasan a formar parte de la canasta de consumo de los sectores medio-altos que no mide el INDEC. Todo ello aumenta la presión sobre la disponibilidad de divisas en un contexto donde todo el peso de su generación recae, justamente, en el superávit comercial tomando como datos el cierre del acceso al crédito y la preferencia por la liquidez en divisas.

Como consecuencia de esta dinámica, el proceso mismo de reindustrialización tiende a agravar la brecha externa y ante la dificultad de diversificar la estructura productiva a partir de una base empresaria nacional poco propensa a la inversión de riesgo y la presencia de empresas multinacionales con lógicas de inversión definidas a miles de kilómetros de los objetivos nacionales, el consumo sofisticado no se acompaña de un aumento de productividad que reduzca las brechas tecnológicas y se refuerzan las tensiones sobre la balanza de pagos.

A partir de 2008, esta dinámica se ve agudizada por factores externos como es el alza en

los precios internacionales de las materias primas alimentarias, que impacta en el poder adquisitivo y luego en los salarios, dada la creciente capacidad de negociación de los trabajadores debilitando las fuentes de competitividad asociada a los bajos costos.

El aumento del precio del pan, leche, harinas, aceites, carne, energía, transporte y otros insumos de consumo y uso extendido impacta en la canasta de los trabajadores y se traduce en mayores salarios en el marco de la política de defensa del poder adquisitivo de los asalariados. Problemas en el manejo de los tiempos de las negociaciones con la CGT conducida por resabios de la aristocracia obrera ligada al modelo agroexportador y la debilidad de otras centrales obreras, impidieron establecer un nuevo tipo de relación capital trabajo en el que las negociaciones no se centraran en el componente salarial directo sino en un mayor peso del salario indirecto (sistemas de salud y jubilación, subsidios, devolución IVA, sistema de transporte, educación, etc.)

Los grupos concentrados, no son pocos en Argentina, especializados en la producción de materias primas alimentarias y su "valor agregado", procuraron autoexcluirse como generadores de la inflación y trasladar la culpa a la propagación salarial. Con ello ven el problema en el aumento de la participación en el ingreso de los asalariados al que comenzaron a presentar como un incremento de los costos laborales y a partir de allí hicieron valer el grado de monopolio u oligopolio en la fijación de precios (acentuado por las restricciones a las importaciones), buscando mantener su margen sobre costos, reforzando la espiral precios salarios. En este punto no es menor haber perdido como referente al IPC, y al INDEC por su intermedio.

Frente a esta dinámica el gobierno, en lugar de impulsar el ajuste salarial, respondió a los problemas de inflación con un aumento en las retenciones de las materias primas alimentarias y luego procuró aplicar retenciones móviles, pero se chocó con la negativa del Congreso y de los factores de poder que le vetaron ese camino. Si bien el manejo de los incentivos que hizo el gobierno vía retenciones y tipo de cambio logró evitar la reprimarización en el período (tal como sucedió en nuestro derredor), no logró desactivar lo que es, fue y será la gran maldición del país oligárquico: el peso de los sectores rentísticos y su cultura de la vaca en el transatlántico entre los dirigentes políticos de los partidos tradicionales.

Se generó así una dinámica que entorpece el crecimiento y reduce los márgenes de maniobra para la política económica. La decisión de los empresarios de posponer inversiones hace que todo intento del gobierno de relanzar la producción por el lado de la demanda se fugue parcialmente a precios. La actitud del poder económico lleva a una encrucijada: o se desnaturaliza el gobierno popular o vienen por su destitución.

En las sociedades capitalistas, el ritmo del crecimiento lo decide en última instancia una pequeña parte de la población: los empresarios que manejan la inversión. Los empresarios, tal como sugiere la figura de los "falsos hermanos", compiten y a la vez cooperan en el marco de instituciones que limitan su tendencia a la auto-destrucción. Estas instituciones se definen en el espacio nacional y sólo los países que han logrado articular una masa de capitales locales y un mercado interno en pos de la acumulación productiva lograron vencer los problemas del subdesarrollo.

Ningún gobierno democrático puede obligar a los empresarios a invertir pero puede institucionalizar ciertos acuerdos entre ellos, entre empresarios y trabajadores que pospongan la persistente tendencia del capitalismo a generar contradicciones internas en su desarrollo. En este sentido, el Kirchnerismo logró introducir ciertos acuerdos básicos sobre los cuales crecer: un tipo de cambio competitivo y diferencial, las convenciones colectivas de trabajo, la recuperación de la protección social y la

reestructuración de la deuda. Lo hizo con gran éxito, de hecho resulta la experiencia con más años sucesivos de crecimiento desde principios del siglo XX, y en el marco de una sociedad más igualitaria que la de la época añorada de la vaca en el transatlántico. Pero los románticos de la manteca al techo en Paris apuestan a minar este camino.

Para seguir en el sendero actual se requiere modificar las instituciones que regulan la acumulación y garantizan una valorización del capital a través de la demanda social. Esto implica contar con el apoyo popular para abrir nuevos frentes y avanzar hacia una composición de la demanda agregada orientada al consumo colectivo. Entre los desafíos de esta nueva etapa se destacan: proseguir con la generalización de la protección social al conjunto de trabajadores (por ejemplo, acceso a la salud de calidad a toda la población con un sistema único y público de salud); continuar otorgando mayor peso a las empresas mixtas o públicas; exigir a las empresas multinacionales que cumplan requisitos de desempeño de producción e investigación y desarrollo local; regular el comercio de alimentos con una institución del tipo IAPI o junta nacional de granos y carne; acentuar la progresividad del sistema tributario, con una mayor imposición a todas las fuentes de renta, en particular la minera; complementar las líneas de crédito reguladas por el BCRA dirigidas a la inversión de empresas pequeñas y medianas con financiamiento en sectores intensivos en ingeniería; asignar mayor selectividad de las políticas de largo plazo hacia sectores de alta tecnología y consumo popular; profundizar las políticas científico tecnológicas para conformar un sistema nacional de innovación y readecuar el mercado cambiario para recuperar un tipo de cambio real competitivo y múltiple, imprescindible dada la estructura productiva desequilibrada de la economía argentina.

En resumen, este gobierno condujo la política económica por un largo trayecto en una dirección impensada una década atrás que aglutinó a una parte importante de la población, pero la espiral precios-salarios está minando su base de apoyo y para evitar su deterioro requiere agudizar la iniciativa. Ahora aparece una bifurcación que nos convida a un "país normal" sin decirnos para quienes y un rumbo sin destino declarado aunque presumiblemente conocido por su parecido con el pasado. Frente a esto el Kirchnerismo cuenta con valiosas cartas, por un lado el haber soltado el lastre de los cultores de la ambigüedad clarificará el discurso a todos los niveles y por tener todavía por delante un poco más de dos años de gobierno en un contexto mundial que no permite grises. Podrá así mostrar que la vía popular no solo es una cuestión ética sino que es la única que permitirá proseguir por el camino del desarrollo que beneficie a todos los argentinos.

En este número de Entrelíneas, Germán Saller aclara el tratamiento mediático y de algunas consultoras sobre los ni-ni (ni trabajan - ni estudian). En segundo término, Rafael Selva analiza la inversión para un país subdesarrollado con una mirada desde el largo plazo. Por último, en carácter de invitados, Eduardo Crespo y Javier Ghibaudi, profesores de las Universidades Federal de Rio de Janeiro (UFRJ) y Federal Flumiense (UFF), respectivamente, nos brindan un pantallazo sobre la economía de Brasil.

Juventud, divino tesoro

Por Germán Saller

El grupo de jóvenes llamados “ni-ni” (jóvenes que ni trabajan ni estudian) ha sido muy manoseado. Numerosos trabajos dan cuenta de un crecimiento de este grupo entre 2003 y 2012. Sin embargo, los trabajos técnicos que dan cuenta de esto han omitido y ocultado la verdadera información y los medios que la difunden la han manipulado. Los jóvenes están estudiando y trabajando más en 2012 que en 2003 y el porcentaje de jóvenes ni-ni ha disminuido en total y entre la población pobre también

Estoy rodeado de informes vinagres, todo alrededor!

Recientemente algunos trabajos que fueron reproducidos en algunos medios de comunicación, dan cuenta de la problemática social que se genera con la juventud que ni trabajan ni estudia. La denominan la “generación ni-ni”. Este grupo etario con dicha problemática representa en cierto modo un monitor de las políticas de inserción laboral, educativa y social, todas al mismo tiempo ya que un incremento de esta masa de jóvenes implicaría que las políticas públicas no llegan al menos a este grupo y, por otra parte, implicaría la consolidación de un caldo de cultivo muy preocupante socialmente.

La consultora Poliarquía desde el Área de Estudios Laborales y Sociales tituló en su Newsletter n°5 de agosto de 2013 “Hay más ni-ni que en 2003”, basado en la Encuesta Permanente de Hogares del primer semestre de cada año (EPH-INDEC) sobre la población juvenil que va desde los 15 a los 24 años. Sostiene que mientras en 2003 este grupo era inferior al 8%, en 2012 alcanzó el 10%. El estudio afirma también que entre la población juvenil más pobre, la situación empeoró relativamente más ya que en 2003 el porcentaje de ni-ni era del 11% mientras que en 2012 ascendió al 15%. En este porcentaje de ni-ni, se incluye a los que no trabajan, no estudian, no buscan trabajo y no realizan trabajos de ama/o de casa. Esto no es para nada un tema menor como veremos más adelante.

También desde la Fundación Mediterránea-IERAL desde su espacio Monitor Social, en el trabajo titulado “*El problema de inserción social de los jóvenes a nivel regional en Argentina y en perspectiva internacional*”¹, se analiza la problemática de los jóvenes de entre 18 y 24 años y se marca con preocupación “*que es importante notar que pese a un contexto de expansión económica entre 2003 y 2012 (sólo interrumpido por la crisis financiera internacional y local que afectó a la economía Argentina durante el año 2009 y el año 2012) la proporción de jóvenes “Ni-Ni” fue incrementándose en el tiempo, pasando de un 13,1% en el año 2003 al 15,3% correspondiente al año 2012*”. También, al igual que en trabajo anterior, la referencia se realiza sobre aquellos jóvenes que no trabajan, no estudian ni buscan trabajo y también están basados en datos de la EPH-INDEC.

Por supuesto las repercusiones de estos dos trabajos como el de otros más no se hicieron esperar en los medios de comunicación. En el diario La Nación del domingo 8 de

1) Marcelo Capello y Gerardo García Oro. Monitor Social Año 2 - Edición N° 2 06 de Junio de 2013. Fundación Mediterránea-IERAL

septiembre de 2013, bajo el título: *“Excluidos. Hay más jóvenes que no estudian ni trabajan que en 2003”*, describe los informes precitados y agregan la opinión de diversos “analistas” que: *“resaltan, además, que esa situación de exclusión se da principalmente entre los jóvenes de los estratos socioeconómicos más bajos”*.

En definitiva, lo que se instaló mediáticamente es que después de 10 años de crecimiento, de mejoras en el mercado de trabajo y de mayor inversión en educación, los jóvenes que no estudian ni trabajan aumentan, lo que marcaría un fracaso de tales políticas públicas en esa franja etaria y lo que es peor, un crecimiento de un núcleo duro con consecuencias sociales nefastas a futuro.

Para vos lo peor es resbalar

Si uno presta atención y realiza una lectura pormenorizada de los estudios, encuentra una incompatibilidad notoria entre lo que refleja el título y lo que muestran los resultados. Por ejemplo, en la página 10 del trabajo de IERAL, se pueden apreciar dos gráficos de torta donde comparan en términos relativos respecto del total, lo que sucede con los jóvenes entre 2003 y 2012. Con sorpresa, uno encuentra los siguientes porcentajes: los jóvenes que trabajan aumentaron del 28% del total en 2003 al casi 32% en 2012 mientras que los que estudian pasaron del 24,6% al 30,5%. El porcentaje de los que hacen las dos cosas al mismo tiempo se mantuvo igual en el orden del 11,5%.

El conocimiento que nos da la lógica, nos indica que el resto de los jóvenes es aquel que no estudia ni trabaja y el conocimiento que nos da la matemática nos indica que si el porcentaje de jóvenes que trabaja respecto del total se incrementó y el porcentaje de jóvenes que estudia también se incrementó respecto del total, no queda otra posibilidad que el tercer grupo de jóvenes que no estudia ni trabaja tiene que haber bajado en porcentaje del total.

Esto cambiaría la perspectiva de lo que habrían sido los efectos de la política pública de empleo y de educación desplegada en los 10 años anteriores.

¿A qué se debe esta inconsistencia?. Los informes no incorporan dentro de los llamados “ni-ni” a los que sin estudiar ni trabajar, están buscando trabajo, como si ese hecho de “hacer algo” como es el hecho de buscar trabajo, no los eximiera de estar dentro de una población de riesgo social.

Para ser más claros, los estudios descriptos anteriormente hablan en realidad del porcentaje de “ni-ni-ni” (ni estudian, ni trabajan, ni buscan trabajo) y no de los “ni-ni” tal como públicamente se presentan (ni estudian, ni trabajan). En realidad los que buscan trabajo y no estudian ni trabajan (los desocupados), forman parte del subgrupo de los que ni trabajan ni estudian (los “ni-ni”). Es decir, dentro de los “ni-ni”, una parte de ellos busca trabajo y otra parte no lo hace. El hecho de tomar los “ni-ni” o los “ni-ni-ni”, cambia radicalmente las conclusiones.

Para entender bien el problema metodológico vamos a ver el gráfico 1, donde hemos representado un ejemplo sintético del problema.

Gráfico N°1
¿Ni-ni o ni-ni-ni?. Un ejemplo



Vamos a suponer que estamos comparando de un año a otro la situación de un grupo de jóvenes y que esa cantidad de jóvenes totalizan 100 y que dicha cantidad no cambia de un año al otro. La situación inicial es que un 20% trabaja, un 20% estudia², mientras que un 60% no estudia ni trabaja. De dicho porcentaje, la mitad está circunstancialmente buscando trabajo. Esa es la situación del denominado “año 1”.

Al “año 2”, ahora un 30% estudia y un 30% trabaja, lo que implicaría que hay 40% que ni trabaja ni estudia. Entre este último grupo, sólo 10 buscan trabajo mientras que 30 no lo hacen.

En síntesis, una versión de los hechos que solo vería el primer cuadradito superior de cada barra del gráfico del ejemplo, estaría gobernada por la siguiente expresión: “En un año la cantidad de jóvenes que no trabaja, no estudia y no busca trabajo se mantuvo constante en 30% del total de jóvenes”. Por supuesto, dicha expresión sería reproducida por un medio de comunicación de la siguiente manera: “La cantidad de jóvenes que no trabaja, ni estudia se mantiene igual a pesar del crecimiento económico”.

Una versión más integradora de los hechos mostraría la siguiente expresión: “Cada vez, más jóvenes trabajan y más jóvenes estudian con lo que la población juvenil que se encuentra sin trabajar y sin estudiar se redujo. Además, el desempleo juvenil también se contrajo”.

Además de entender que es erróneo acotar el problema al conjunto de población “ni-ni-ni”, se suma un problema sustancial de estas comparaciones que debieran haber sido advertidas por los trabajos técnicos que describiéramos al comienzo: el año 2003 que se toma como referencia, parece ser elegido intencionalmente a sabiendas de que en dicho año todavía se arrastraba el efecto de la masividad de personas que se sumaron al mercado laboral para sostener los ingresos del grupo familiar producto de la crisis económica y social de 2001 y 2002 (el llamado “efecto trabajador adicional”). Este fenómeno se dio mayoritariamente en los jóvenes que naturalmente no hubieran engrosado al conjunto de desocupados si no fuera por esa circunstancia excepcional.

Ahora bien, tratándose de profesionales que incluso desde sus centros de investigación han participado en gestiones de gobierno (incluso como ministros de economía), es

2) Para simplificar, hacemos el supuesto que no hay jóvenes que hacen ambas cosas. También podríamos suponer que están incluidos en dicho 40%. Estos supuestos no cambian los resultados buscados.

extraño al menos que no hayan advertido la excepcionalidad del año de comparación, aún contra toda recomendación de los docentes de Economía cuando mencionan las características de los llamados “años base”. Al menos, han tenido la dignidad de incluir subrepticamente la información para que los lectores, como nosotros, puedan advertir a través de los propios datos que publican, las contradicciones con sus conclusiones.

Esta sí que es Argentina

¿Qué es lo que pasó en realidad con los ni-ni?. Vamos a realizar un análisis con la misma fuente de datos que utilizaron los dos trabajos precitados, esto es, la EPH-INDEC. El grupo etario considerado es de los 15 a los 24 años. Vamos a trabajar con seis años de referencia: 1974, 1998, 2003, 2007, 2011 y 2012. Además de los años de comparación 2003 y 2012, también queremos tener una perspectiva de largo plazo (1974) y de corto plazo (2011). También resulta interesante comparar con el considerado mejor año de los 90 (1998) y con el año del comienzo de la actual gestión de gobierno (2007).³

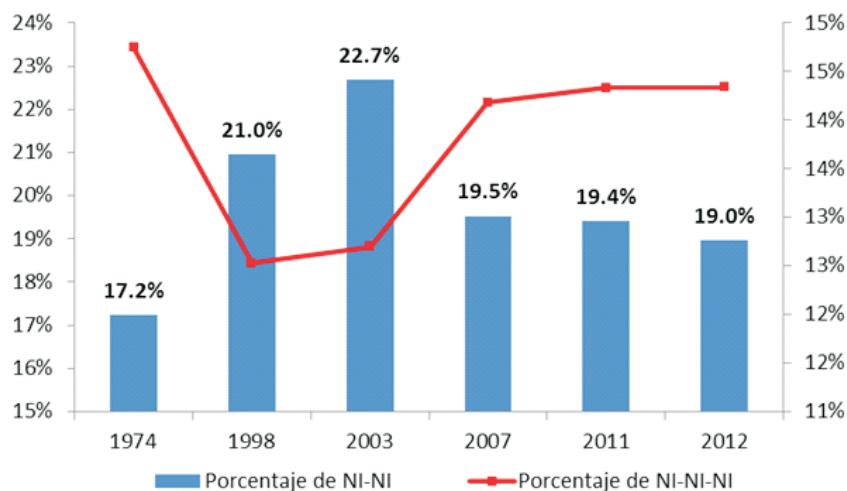
En el gráfico 2 observamos los resultados en un gráfico de barras. Como podemos observar, las conclusiones respecto del período 2003 y 2012 cambia rotundamente: mientras en el año 2003 el 22,7% de los jóvenes entre 15 y 24 años no estudiaba ni trabajaba, dicho porcentaje se redujo al 19% en 2012.

Respecto de la situación del largo plazo, los datos nos muestran que en 1974 dicho guarismo era aún mucho más bajo (dos puntos porcentuales menos) mientras que en el año 1998 el grupo de los “ni-ni” era del 21%, dos puntos porcentuales más alto que en 2012.

Respecto de la situación de mediano plazo, podemos observar que desde 2007 prácticamente no hay modificaciones significativas en el grupo de los ni-ni y se observa un estancamiento en el orden del 19% del total de jóvenes.

Gráfico N°2

Evolución de los “ni-ni”. Jóvenes de 15 a 24 años que no estudian ni trabajan



Fuente: elaboración propia sobre la base de datos de la EPH-INDEC⁴

3) Para 1974 y 1998 se utilizó la EPH puntual de octubre de cada año. En el caso de 1974, el aglomerado urbano relevado es el Gran Buenos Aires (capital y conurbano). Para el resto de los años, la EPH abarca a la totalidad de aglomerados urbanos de cada onda. Los datos del 2003 en adelante son los correspondientes al cuarto trimestre de cada año.

4) Ver pie de página 3.

En el gráfico 2 también incluimos en una serie representada por una línea, el porcentaje de los “ni-ni-ni”, es decir aquellos que no trabajan, no estudian y no buscan trabajo que fue la fuente de datos que llevó a las consultoras y medios de comunicación a decir que la situación de los jóvenes había empeorado. Para interpretar los resultados de esta evolución, vayamos por el camino del absurdo y supongamos que esta hipótesis de seguir el porcentaje de ni-ni-ni está bien elegida. Los resultados nos estarían indicando que el año 2003 es una especie de “año modelo” para nuestros jóvenes, un año “objetivo”, uno de los mejores de nuestra juventud, ya que el porcentaje de “ni-ni-ni” es junto con el año 1998, el más bajo desde 1974. Si, leemos bien. La serie con la cual nos querían indicar que la situación ha empeorado desde 2003, nos dice que ese año fue mejor para la juventud en materia de asistencia educativa y trabajo que el año 1974, año recordado por la mejor distribución funcional del ingreso que se tenga memoria. Justamente en 2003, donde todavía se encontraban las esquilas de la mayor crisis social, política y económica de la historia reciente. Evidentemente, algo está mal de ese análisis.

¿Cuál sería la parte propositiva del análisis de los ni-ni? Veamos el cuadro 1 donde se muestra la evolución porcentual de los jóvenes de 15 a 24 años que trabajan y estudian.

La primera cuestión a resaltar es en consonancia con el trabajo de IERAL, respecto de 2003 el porcentaje de jóvenes que estudia se incrementó en 2012 respecto de 2003 pasando del 44,3% al 48,2% (a eso hay que sumarle el grupo que estudia y trabaja que se incrementó levemente). En el trabajo de IERAL el análisis se realizaba con los jóvenes de 18 a 24 años y donde se evidenciaba un crecimiento de más de 6 puntos porcentuales. Si bien hay que profundizar el análisis, de acuerdo a la franja etaria, estaríamos hablando mayoritariamente de jóvenes insertados en la educación superior.

El salto más significativo del porcentaje que estudia se visualiza en 2011, presumiblemente por el efecto AUH (Asignación Universal por Hijo) cuyo beneficio está atado al proceso educativo de los menores.⁵

Cuadro N°1

Inserción educativa y laboral de los jóvenes entre 15 y 24 años

	1974	1998	2003	2007	2011	2012
Solo estudian	27.8%	44.6%	44.3%	44.0%	48.0%	48.2%
Solo trabajan	38.3%	25.7%	23.7%	26.4%	23.2%	23.4%
Estudian y trabajan	7.2%	8.7%	9.1%	9.9%	9.2%	9.5%

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos de la EPH-INDEC⁶

Respecto del empleo, existe una mayor dificultad para la inserción laboral de este grupo etario. Si uno toma la evolución de largo plazo, desde el año 1974, se pasa de una increíble suma del 45% (38% que trabaja más 7% que trabaja y estudia) a un nivel en torno al 32% que parece inamovible desde 1998.

Sin embargo, cabe mencionar que en 2007 aparece un claro repunte del empleo que alcanza sumando los que solo trabajan y los que estudian y trabajan al mismo tiempo, cercano al 36,3%, casi 4 puntos porcentuales más que en 2003. Sin embargo, en 2011 dicho porcentaje parece haberse reducido en consonancia con el incremento del porcentaje de jóvenes que estudia. En efecto, parece que el efecto AUH tuvo su impacto en ambos indicadores.

5) Para un análisis más detallado de los efectos de la AUH, ver Agis, Cañete, Panigo (2010). “El impacto de la asignación universal por hijo en Argentina”.

6) Ver pie de página 3.

Si bien forma parte de otro trabajo específico, cabría mencionar que dado que los planes de empleo que masivamente comenzaron a otorgarse en 2002 y que alcanzaron a más de 2 millones de beneficiarios fueron considerados empleo, si uno corrige los datos de 2003 y 2012 llega a la conclusión que el porcentaje de jóvenes que se insertó en el mercado de trabajo se incrementó en 2,3 puntos porcentuales (ver cuadro 3). Esto no solo cambia los resultados de la inserción laboral sino que cambia el análisis cualitativo de los ni-ni. En efecto, si tenemos en cuenta que parte de los que considerábamos ocupados en 2003 eran planes de empleo (el Plan Jefas y Jefes de Hogar), quiere decir que en dicha cifra se escondían potenciales ni-ni.

Cuadro N°2

Inserción laboral de los jóvenes entre 15 y 24 años sin considerar a los planes de trabajo como empleo

	2003	2012	Dif
Solo trabajan	21.4%	23.2%	1.8%
Estudian y trabajan	8.9%	9.4%	0.5%
Total	30.3%	32.6%	2.3%

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos de la EPH-INDEC⁷

Con este último análisis, y como para concluir este capítulo, el proceso de crecimiento del 2003 en adelante pareciera haber mejorado moderadamente las condiciones de ocupación de los jóvenes de 15 a 24 años y haber mejorado en forma definitiva el porcentaje de jóvenes que estudia.

Para vos lo peor es la libertad (de los pobres)

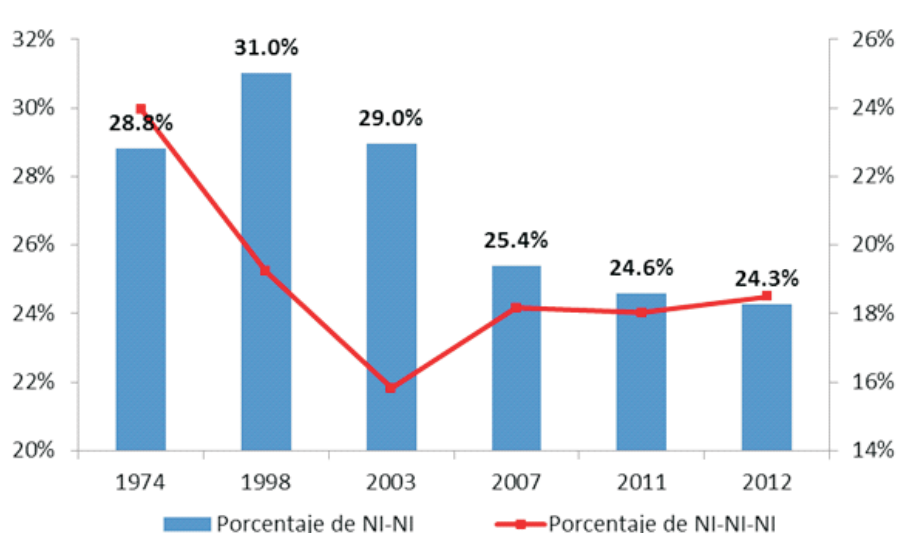
Dado que parte de los trabajos descriptos al comienzo dedicaron varias líneas a que la situación de sectores más relegados socialmente era peor, vamos a analizar la situación de la misma franja etaria (de 15 a 24 años) pero del 40% más pobre de la población. Para ello se identificaron en cada onda de la EPH, aquellos jóvenes pertenecientes a los primeros 4 deciles de ingresos definidos por el ingreso per cápita familiar.

De dicho análisis surge algo que resulta intuitivo y es que el porcentaje de ni-ni es más alto que el del promedio del universo completo. Es decir, mientras los ni-ni del 40% más pobre alcanzaba en 2003 el 29% del total de jóvenes pobres, el promedio de los ni-ni en toda la economía era del 22,7%. Lo mismo sucede para toda la serie.

⁷ Ver pie de página 3.

Gráfico N°3

Evolución de los “ni-ni”. Jóvenes de 15 a 24 años que no estudian ni trabajan pertenecientes al 40% más pobre de la población



Fuente: elaboración propia sobre la base de datos de la EPH-INDEC⁸

Lo interesante es que al igual que sucede con el total de ni-ni, el porcentaje de ni-ni del 40% más pobre se redujo casi 5 puntos porcentuales desde 2003 a 2012. Esto significa que el proceso de reducción de la población juvenil ni-ni, no discriminó por pobreza, es más, la reducción porcentual de población ni-ni fue del 16% en ambos casos. Es destacable también el hecho que comparado con el mejor año de la convertibilidad (1998), el porcentaje de jóvenes ni-ni es 7 puntos porcentuales más bajo en 2012 y también más bajo que en 1974. También se percibe que en el corto plazo si bien el porcentaje de ni-ni del 40% más pobre parece haberse estabilizado (entre 2007 y 2012), lo cierto es que la reducción que se produjo de más de un punto porcentual representa, en porcentaje, el doble que la reducción evidenciada para el total de ni-ni.

En el gráfico 3 se puede observar lo comentado más arriba. También allí comparamos con la serie de los “ni-ni-ni”. Otra vez, “jugando” a que la serie sea la correcta, vemos que la misma estaría mostrando que los jóvenes del 40% más pobre se encontrarían en su apogeo en cuanto a inserción social a través del empleo y la educación en 2003 y que tanto hacia atrás o hacia adelante, la situación luce peor. Algo francamente contra intuitivo por los factores ya mencionados.

Respecto a las condiciones laborales y educativas de los jóvenes del 40% más pobre, lo que se puede advertir es el mayor nivel de participación en el proceso educativo alcanzando el 55% en 2012 (surge de la suma del 49,3% y el 5,6% de la primer y tercer fila del cuadro) que resulta 11 puntos porcentuales mayor respecto del año 1998 y 8 puntos porcentuales más alto que 2003.

8) Ver pie de página 3.

Cuadro N°3**Inserción educativa y laboral de los jóvenes entre 15 y 24 años del 40% más pobre**

	1974	1998	2003	2007	2011	2012
Solo estudian	33.8%	40.2%	42.3%	45.9%	48.7%	49.3%
Solo trabajan	31.0%	24.9%	23.1%	22.6%	21.4%	20.7%
Estudian y trabajan	5.6%	3.8%	5.4%	5.9%	5.1%	5.6%

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos de la EPH-INDEC⁹

Una cuestión a resaltar también es que a excepción del año 2007, el porcentaje de jóvenes pobres que solo trabaja, es apenas inferior en casi todos los años que el porcentaje del total de jóvenes (comparar cuadro 1 y 3). La diferencia puede encontrarse en los que hacen las dos actividades al mismo tiempo (trabajar y estudiar) donde el porcentaje promedio supera en un 80% al de los jóvenes pobres.

Nuevamente aquí es necesario incorporar la problemática de los planes de trabajo del gobierno que eran considerados como empleo desde 2002. Si depuramos los resultados y excluimos como ocupados a los planes de trabajo, encontramos que los resultados se revierten notoriamente: el porcentaje de ocupados crece 1,4 puntos porcentuales para este segmento social entre 2003 y 2012.

Cuadro N°4**Inserción laboral de los jóvenes entre 15 y 24 años del 40% más pobre sin considerar a los planes de trabajo como empleo**

	2003	2012	Dif
Solo trabajan	19.4%	20.5%	1.0%
Estudian y trabajan	5.2%	5.6%	0.4%
Total	24.6%	26.0%	1.4%

Fuente: elaboración propia sobre la base de datos de la EPH-INDEC¹⁰

Conclusiones

¿Cómo poder explicar a la sociedad que, a pesar de que ha leído en numerosos medios de comunicación que el número de jóvenes que no trabaja y no estudia se ha incrementado entre 2003 y 2012, que a pesar de ello, de cada 100 jóvenes en 2003 estudiaban y trabajaban 77 y en 2012 lo hacían 81?

¿Cómo convencer mostrando los resultados objetivos y de la misma fuente de información que utilizan los que difunden mediáticamente que la situación de los jóvenes ni-ni que viven en la pobreza está creciendo más dramáticamente, que de cada 100 jóvenes pobres en 2003 estudiaban y trabajaban 70 y en 2012 lo hacían 76?

Esta tergiversación de la realidad no le quita dramatismo a una situación muy compleja que puede llevar años revertir, pero sí falsea el cambio de rumbo que merced a algunas políticas públicas aplicadas en los últimos diez años, hicieron que en 2012 el porcentaje de jóvenes "ni-ni" se haya reducido a un nivel incluso menor que el año 1998, año símbolo

9) Ver pie de página 3.

10) Ver pie de página 3.

del “éxito” de la convertibilidad.

El análisis aquí se hizo para el conjunto de jóvenes entre 15 y 24 años. Un joven de 15 años tenía en 2001 3 años, y absorbió buena parte de su educación a partir de una etapa de reconstrucción de la economía y la sociedad argentina. El de 24 años empezaba el polimodal en plena crisis. Muchos de ellos se criaron en hogares sin trabajo ni ingresos suficientes para llevar una vida digna ni en un clima de buenas oportunidades (el porcentaje de población por debajo de la línea de pobreza era del 54%). Revertir tantos años de debacle no es tarea sencilla.

Inversión en un proceso de desarrollo

Por **Rafael A. Selva**

La experiencia macroeconómica de la Argentina muestra intensas fluctuaciones cíclicas, así como amplias variaciones en las tasas de crecimiento sobre períodos de varios años. Destacándose en el conjunto los últimos diez años por la elevada tasa de crecimiento promedio exhibida. Los flujos de inversión acompañaron y jugaron un papel central en las oscilaciones macroeconómicas. Esta última etapa logró revertir así el descenso en la tendencia que provocaron las salidas traumáticas de las dos décadas anteriores para retomar una proyección creciente de la tasa de inversión interna.

Introducción

Establecer los determinantes del proceso de acumulación, su evolución y forma de financiamiento es esencial para el estudio de cualquier economía subdesarrollada¹. Un paso siguiente consistiría en analizar la dinámica propia de esa economía a los efectos de determinar si replica la configuración precedente o la transforma en una economía desarrollada.

Entonces, si la inversión productiva, que es la que determina la acumulación de capital, contribuye a reproducir la estructura, será tarea de la política económica generar los canales de reasignación del excedente hacia formas de acumulación transformadoras. De allí la importancia de examinar cómo se llevó adelante el proceso de inversión en la Argentina de los últimos años.

Este trabajo debe ser visto como una contribución al debate sobre la necesidad de promover el cambio estructural en la búsqueda de una estrategia de desarrollo. No busca llegar a conclusiones definitivas, sino reafirmar la importancia de ciertos temas para las agendas futuras de investigación, además de examinar, a la luz de la experiencia de la Argentina, el actual nivel de inversión en perspectiva histórica y preguntarnos acerca de la orientación de las medidas necesarias para consolidar el proceso de desarrollo inclusivo.

La inversión, el cambio estructural y el crecimiento

Por el lado de la oferta, la inversión es sinónimo de variación en la capacidad instalada, de incremento en el stock de capital, de acumulación y crecimiento. En tanto componente de la demanda, la inversión ha sido postulada en varias ocasiones como central para combatir, en el corto plazo, la recesión y el desempleo. A su vez, el financiamiento y la orientación de la misma han generado un prolongado debate en América Latina vinculado con la superación de las restricciones estructurales que genera el proceso de acumulación en la balanza de pagos.

La capacidad productiva potencial de la economía se encuentra limitada por la disponibilidad de los distintos recursos productivos y tecnologías disponibles en un

1) Un primer paso al estudiar el proceso de acumulación potencial, que permita cambios estructurales de la economía para transitar un sendero hacia el desarrollo, debe enfocarse en conocer la masa de recursos disponibles susceptibles de ser acumulados. En Entrelíneas de la Política Económica N° 34 (Diciembre de 2012) se abordó esta cuestión recurriendo al concepto de excedente planteado por los economistas estructuralistas para el caso de la economía Argentina y se determinó que la magnitud del excedente generado es suficiente para “financiar” el proceso de desarrollo.

momento dado. Mediante un continuo aumento de la inversión neta se incrementa el acervo de capital productivo, y así se logra expandir la capacidad productiva, el crecimiento económico y, bajo ciertas condiciones adicionales, el desarrollo.

La dinámica de la inversión guarda relación asimismo con la evolución de la demanda agregada que crea el “clima de negocios” necesario para tomar la decisión de expandir la oferta de bienes y servicios mediante el aumento de la capacidad instalada y los incrementos de productividad, es decir que no es exógena. Por lo tanto, impulsar la demanda agregada genera las condiciones y promueve una mayor inversión. Y en ese impulso el Estado tiene un rol a cumplir.

Además la inversión es el principal motor para acortar la brecha tecnológica y generar el cambio estructural necesario para reducir la heterogeneidad estructural y pretender sortear la restricción externa que se genera en la balanza de pagos y condiciona el proceso de desarrollo de la economía. Así, la capacidad de cada país de promover el cambio estructural de acuerdo a las tendencias dominantes de la tecnología y la demanda define su desempeño.

El papel del cambio estructural en el crecimiento económico recibe nuevamente atención, tanto en el campo de la teoría económica como en el de los estudios empíricos. El tema que había sido muy importante en los trabajos pioneros en teoría del desarrollo en los años cincuenta, en particular en el continente a partir de la irrupción de los estudios de la CEPAL, fue posteriormente perdiendo espacio en la teoría macroeconómica convencional.

En línea con esto, en los documentos *La hora de la igualdad. Brechas por cerrar, caminos por abrir* (2010) y *Cambio estructural para la igualdad. Una visión integrada del desarrollo* (2012), la CEPAL ha vuelto a plantear una estrategia de desarrollo en la que se destaca la necesidad de reducir la heterogeneidad estructural, para reducir la desigualdad y la volatilidad macroeconómica que caracterizaron al continente.

De acuerdo a los informes, la elevada volatilidad de las variables macroeconómicas, y las bajas tasas de crecimiento e inversión concomitantes, tendieron a limitar la creación de empleo de calidad cuando no a destruirlos y a empeorar la distribución del ingreso.

Según otro informe, también reciente, de la CEPAL², resulta necesario que las políticas macroeconómicas actúen de forma consistente y coordinada con las políticas productivas, laborales y sociales, para promover el crecimiento de la demanda agregada cuyo dinamismo tiene efectos positivos sobre la expansión de la inversión e innovación necesaria para llevar adelante los cambios estructurales en el sistema productivo que aumenten la productividad y competitividad de la economía en su conjunto, generen empleo de calidad, eleven los ingresos reales y la inclusión de cada vez mayores porciones de la población al progreso alcanzado. Así, la menor heterogeneidad estructural, daría origen a una estructura económica más integrada, base de un crecimiento más balanceado y sostenible.

Esto tiene implicancias además de política económica ya que la experiencia internacional enseña que el cambio estructural no se produce de forma espontánea, sino que es fruto de una estrategia de desarrollo orientada desde el Estado, donde se suceden problemas complejos de coordinación, información y capacidad técnica y política de los dirigentes y, del propio aparato burocrático, para diseñar y llevar a cabo los planes propuestos y las transformaciones necesarias.

2) Ver Abeles, Lavarello, Montagu. “Heterogeneidad estructural y restricción externa en la economía argentina” (2012).

Cuestiones de medición referentes a la inversión como agregado

La inversión es aquel tipo de gasto que permite incrementar el stock de capital. Por el lado de la demanda, es uno de los principales componentes al mismo tiempo que por el lado de la oferta contribuye a aumentar la capacidad productiva de una firma, sector o país.

La inversión se realiza mediante la adquisición de activos reales o no financieros cuyo principal propósito es ser medios de producción para realizar otros bienes, cuya vida útil se extiende más allá del año y que, generalmente, son utilizados por las empresas. Dentro de estos activos reales o bienes de capital se clasifican como tales los bienes de capital fijos tangibles tales como las maquinarias y equipos, el material de transporte, las construcciones residenciales y no residenciales, el hardware, el ganado reproductor, las plantaciones permanentes, etc., además de las existencias. Por otra parte, de acuerdo con el Sistema de Cuentas Nacionales, se incluyen dentro de esta definición a los activos intangibles o inmateriales comprados por las empresas a los fines productivos y que se amortizan más allá de un año como ser las patentes, los gastos de exploración minera y petrolera, el software, etc.

En la Argentina, la información de las cuentas nacionales resulta de cuatro fuentes sucesivas: un cálculo publicado en 1975 para el período 1950-1973 con 1960 como año base; una estimación con base 1970, con datos a partir de ese año y que se elaboró hasta finales de los años ochenta; un cálculo para el período 1980-1996, que se publicó en ese último año y estaba apoyado en 1986 como año base; y los datos actuales³ que toman por base a 1993 y están calculados desde ese año.

El análisis de estas series informa sobre aspectos a grandes rasgos del comportamiento de la inversión⁴. El estudio sobre los movimientos a lo largo de intervalos de tiempo relativamente prolongados enfoca la visión sobre procesos que indican efectos salientes a lo largo del período que tienen impacto en la evolución de tendencia. La historia macroeconómica argentina es muy rica en cuanto a modificaciones en esquemas de política cuyos efectos acumulados definieron pautas de comportamiento singulares entre los distintos agentes y condicionaron la dirección seguida por la economía, y por tanto el análisis del presente merece una mirada de largo plazo.

La experiencia argentina

Del análisis histórico de la inversión en Argentina se constata el por qué del consenso acerca del decepcionante desempeño de su evolución, de su marcada volatilidad y de cómo su composición y su dinámica de corto plazo se ha transformado radicalmente según las políticas e instituciones de cada período, asociándose en ocasiones al oscilamiento de un péndulo⁵.

La experiencia macroeconómica de la Argentina muestra intensas fluctuaciones cíclicas, así como amplias variaciones en las tasas de crecimiento sobre períodos de varios años. Destacándose en el conjunto los últimos diez años por la elevada tasa de crecimiento promedio exhibida.

Los flujos de inversión acompañaron y jugaron un papel central en las oscilaciones macroeconómicas, con abruptas depresiones de la acumulación en instancias de crisis, y subas pronunciadas de las inversiones en determinados períodos, coincidentes alternativamente con incrementos del ahorro interno y con expansiones del financiamiento mediante la utilización de ahorro externo.

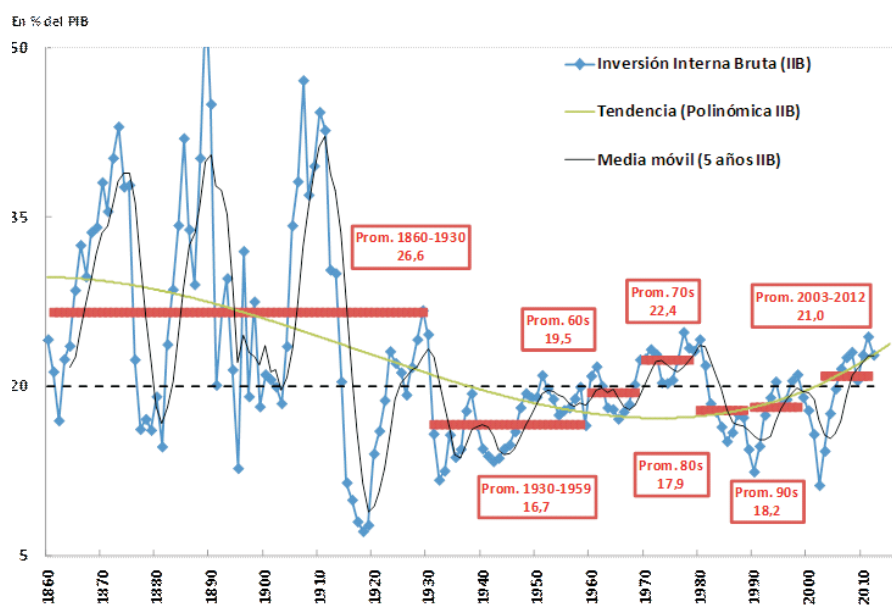
3) Se encuentra desde hace algunos años en elaboración un nuevo cambio de base de las series de cuentas nacionales pero que a la fecha no se ha conocido.

4) Se debe realizar una distinción conceptual entre la valuación de la tasa de inversión a precios corrientes y a precios constantes. La tasa de inversión a precios corrientes mediría el esfuerzo de invertir, en tanto que a precios constantes se estaría aproximando la inversión en tanto incremento en la capacidad productiva de la economía. Esta distinción resulta importante, ya que introduce una clara distinción entre el impacto que tiene la inversión sobre la oferta agregada y el ahorro total necesario para financiarla, distinción que se origina en la configuración de los precios relativos de los bienes de capital.

Por lo tanto para evaluar el efecto de la inversión sobre la capacidad productiva de un país a lo largo del tiempo, alcanzaría con evaluar la tasa de inversión a precios constantes, ya que se supone que esta no estaría influida por los cambios de precios relativos. Sin embargo, las estadísticas de Argentina a precios constantes de distintos años base se elaboran de acuerdo a los precios relativos de cada año base. En el caso de la inversión (así como del resto de los agregados de Cuentas Nacionales), la configuración de precios relativos de la economía argentina resulta muy distinta entre cada uno de esos años base, lo cual puede distorsionar la comparación de las tasas de inversión.

5) Diamand, Marcelo "El péndulo argentino, ¿hasta cuándo?", CERES, 1983

Gráfico N° 1
Evolución de la Inversión Interna Bruta



Fuente: Elaboración propia en base a datos de O. Ferreres e INDEC

La economía del modelo agro-exportador de principios de siglo XX, atrayendo el capital y los recursos externos, alcanzó las tasas de inversión privada más altas de la historia de Argentina. Posteriormente, durante el período sustitutivo de importaciones, los esfuerzos realizados en materia de estímulos industriales no fueron exitosos en materia de acumulación salvo por períodos cortos que fueron interrumpidos por crisis de balanza de pagos resultantes de la incapacidad de sostener el nivel de importaciones que la industrialización necesitaba. La dependencia de la producción interna respecto de la oferta de insumos importados implicaba que, para un dado valor de exportaciones, apareciera una potencial disyuntiva entre los niveles corrientes de actividad y empleo y la magnitud de la inversión en equipos, dado que las adquisiciones de insumos corrientes y de bienes de capital competían por la asignación de la capacidad para importar.

Ese proceso de industrialización comenzó a declinar con la liberalización financiera y apertura económica que significó la aplicación del modelo económico durante la última dictadura, el cual se financió mediante endeudamiento externo. Este a su vez se convirtió, dado el peso de los servicios de una deuda cada vez mayor que resultó impagable, en una nueva forma de hacer pesar la restricción externa durante los siguientes veinte años, sobre el proceso de acumulación y desarrollo.

Así, tras una década de inestabilidad y caída del producto por habitante también colapsó la inversión, que se recompuso en parte mientras duró el período de estabilización monetaria, privatizaciones y desregulación de los mercados en los noventa. La recuperación de la inversión, con una participación sólo marginal de la inversión pública, se sostuvo por un breve lapso de tiempo. El estancamiento comenzó nuevamente en 1998 y la crisis del 2001-2002 nos depositó nuevamente en un mínimo de la tasa de acumulación de capital de la serie histórica. Recién a partir de ahí, se recuperó y retomó el sendero creciente que se sostuvo durante la última década, aun atravesando la más grande crisis financiera internacional en 70 años (ver Gráfico 1).

Cuadro N°1 Crecimiento promedio. En porcentaje

	PIB	PIB per cápita	IIB	PIB por ocupado
1945-1955	4,0	1,8	5,9	2,4
1955-1965	3,7	2,0	3,2	2,0
1965-1975	3,6	2,0	5,5	1,9
1975-1983	0,8	-0,7	-1,0	-0,4
1983-1993	1,8	0,3	2,5	-0,1
1993-2003	0,8	-0,3	-2,0	-0,9
2003-2013*	6,8	5,9	11,6	5,3

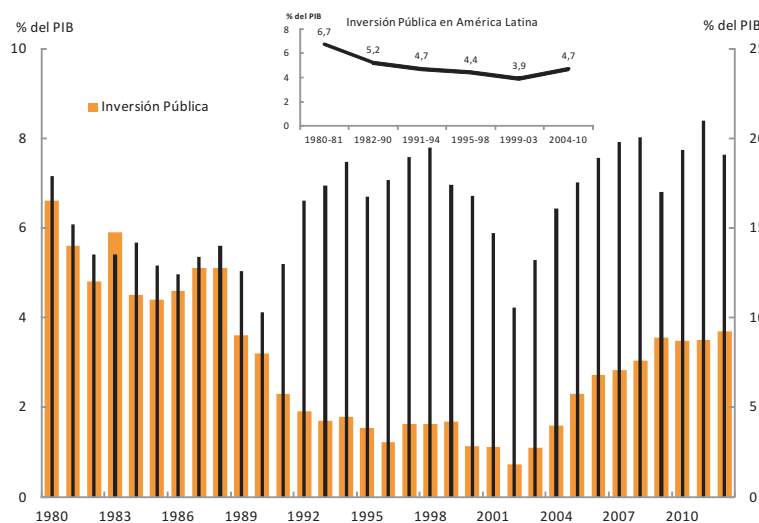
*2013 estimado. Fuente: Elaboración propia en base a datos de O. Ferreres e INDEC

Como se puede apreciar la débil e inestable performance del proceso de acumulación también se refleja en una elevada volatilidad de la inversión y en su escasa participación promedio en el producto. La IIB medida a precios de 1993- se mantuvo en promedio durante diez años consecutivos por encima del 20 por ciento sólo en tres períodos en los últimos 100 años, durante la década previa a la crisis de 1930, la década de los 70 y en los diez años posteriores a 2003. Esta última etapa logró revertir así el descenso en la tendencia que provocaron las salidas traumáticas de las dos décadas anteriores para retomar una proyección creciente de la tasa de inversión interna.

La economía creció en promedio 3% anual desde 1945 hasta el presente (alrededor de 1,5% por habitante), con una marcada desaceleración (caída en términos per cápita) entre mediados de los años setenta y comienzos del nuevo milenio, y un fuerte repunte en el último decenio. Analizando el período en su conjunto, por decenios, se observa que los años de mayor incremento de la IIB se corresponden con la década que transcurre entre 2003 y 2013 con un crecimiento promedio de 11,6% por año, seguida por la etapa del primer peronismo, que va de 1945 a 1955 (5,9 por ciento promedio por año), y la década previa a la última dictadura (5,5 por ciento).

Este comportamiento es coincidente en la Argentina en todos los casos con el crecimiento observado del PIB, el PIB per cápita y el PIB por ocupado (ver Cuadro 1).

Gráfico N°2 Inversión Pública



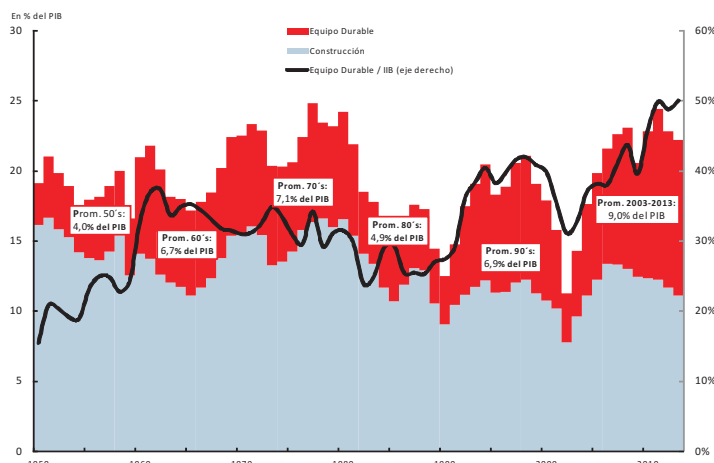
Fuente: Elaboración propia en base a datos de CEPAL, Ministerio de Ec. y Finanzas Públ. e INDEC

Con respecto a la Inversión realizada por parte de los Estados nacionales, si bien en América Latina ha sido históricamente inferior a la de otras regiones emergentes -en particular de los países de Asia en desarrollo-, a nivel regional también pareciera existir un patrón con rasgos comunes entre los distintos países en cuanto a su desenvolvimiento, ya que la evolución ha estado muy determinada por las crisis externas comunes a todas las economías-. En ese sentido, el deficiente desempeño se vincula, además, con la reacción de los gobiernos ante los episodios de crisis, en particular el recorte del gasto estatal en capital que acrecienta la retracción de la inversión privada durante las recesiones. No obstante, el avance en los últimos años y algunas experiencias en contrario durante el episodio de crisis internacional de 2009⁶, el comportamiento históricamente pro cíclico de la inversión pública y su tendencia declinante de largo plazo representan un rasgo preocupante por la influencia que ejerce en el crecimiento.

En gran parte de la región al igual que en la Argentina- la inversión pública comenzó a disminuir paulatinamente desde los niveles más elevados de principios de los años 80's al compás de la implementación de las llamadas "reformas estructurales", que implicaron en muchos casos el traspaso a manos privadas de empresas estatales de servicios públicos o proveedoras de bienes básicos, principalmente durante los años noventa. Sin embargo, la participación estatal en la IIB también repuntó luego de 2004.

Este proceso también repercutió en la inversión privada, que vivió una fuerte expansión durante los años noventa que compensó el retiro por parte del Estado de la actividad económica (entre 1989 y 1999 cayó 3,5 p.p. la inversión pública, exactamente el incremento de la porción privada de la inversión en esos años). Durante la década posterior a la crisis de la convertibilidad, la inversión privada se expandió debido al impulso otorgado a la demanda interna a partir de la recuperación del crecimiento, el salario y las políticas de transferencias de ingresos a favor de los sectores más postergados, que, en consonancia con el corrimiento de la restricción externa, generaron las condiciones para que el PIB creciera por encima del promedio mundial y regional. De esta forma, la inversión pública cooperó con las subas de la inversión privada, las mejoras en la productividad y apuntaló un renovado proceso de crecimiento.

Gráfico N°3
Composición de la Inversión Interna Bruta



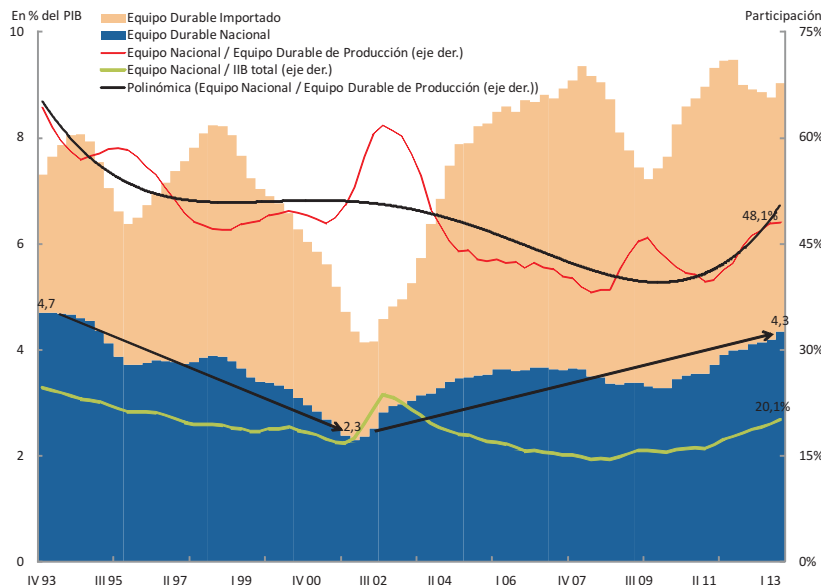
Fuente: Elaboración propia en base a datos de O. Ferreres e INDEC

6) Ver Iñiguez y Selva "El Gasto Público y las nuevas formas de intervención del Estado". Entrelíneas de la Política Económica N°21,

Observando la composición de la Formación bruta de capital fijo se aprecia que, al margen de los elementos cíclicos comunes, las ondas de la inversión en equipos durables de producción y en construcción aparecen diferenciadas (ver Gráfico 3).

Las adquisiciones de maquinaria y equipo evidenciaron un marcado incremento durante la década de los años cincuenta, aumentando su participación en el total de la formación bruta de capital fijo en detrimento de la participación de la construcción en el total de la IIB fija- desde 15% hasta superar el 30% del total del gasto en nuevo capital. En los siguientes dos decenios esa participación se mantuvo relativamente constante, en un entorno de suba de la inversión total, lo cual permitió que las adquisiciones de nuevo equipo durable de producción alcanzaran en promedio valores cercanos al 7% del PIB. La década de los ochenta resultó particularmente dañina para la inversión en maquinaria en un contexto recesivo.

Gráfico N°4
Evolución de la composición de la Inversión en Equipo



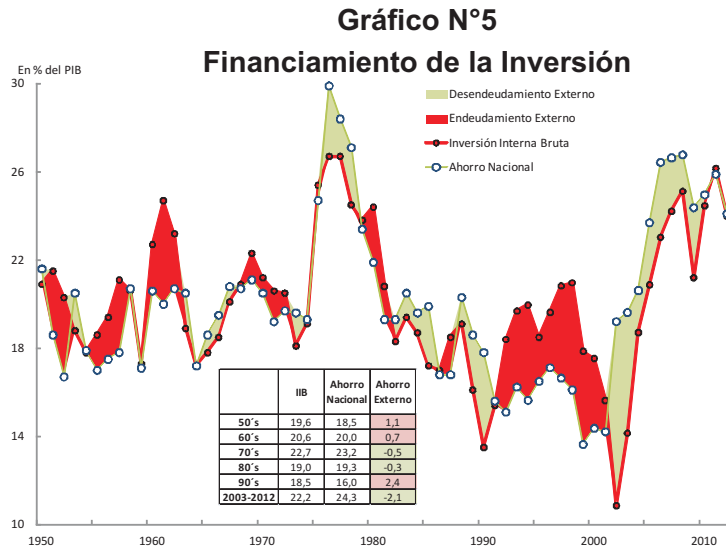
Fuente: Elaboración propia en base a datos de INDEC

Los años noventa con la apertura comercial y el abaratamiento relativo de los bienes de capital importados en el marco de una fuerte apreciación del tipo de cambio- volvió a implicar una considerable suba de la inversión en equipo de producción. Sin embargo, la crisis del régimen de convertibilidad a fines de 2001, dejó a la economía en valores mínimos de inversión, incluso de la construcción que cayó por debajo del 9% del PIB (algo que no sucedía desde inicios del siglo pasado). Posteriormente, el proceso de acumulación iniciado en 2003 completó una nueva década de crecimiento de la IIB, y en equipo durable de producción en particular que llegó a representar 9% del PIB en promedio y el 50% de la IIB fija total, un nuevo máximo histórico en el país.

La composición de la inversión en equipo durable por origen nacional o importado de los bienes también fue cambiando en los últimos 20 años (ver Gráfico 4).

Observando la composición en términos del PIB medido a precios corrientes se puede

apreciar que durante la década de los noventa la porción de equipo nacional disminuyó unos 15 puntos porcentuales, al pasar de representar más del 60% del total en 1993 a aproximadamente 45% cinco años más tarde antes de la crisis final del régimen de convertibilidad-. Mientras tanto, luego de caer a un mínimo de 2,3% del PIB en 2002, la inversión en equipo de fabricación nacional creció hasta un valor equivalente a 4,2% del PIB, con una marcada aceleración en los últimos dos años. No obstante, al igual que en los años noventa, aún se mantiene una fuerte dependencia del equipo importado para sostener ritmos elevados de IIBF.



Fuente: Elaboración propia en base a datos de CEPAL e INDEC

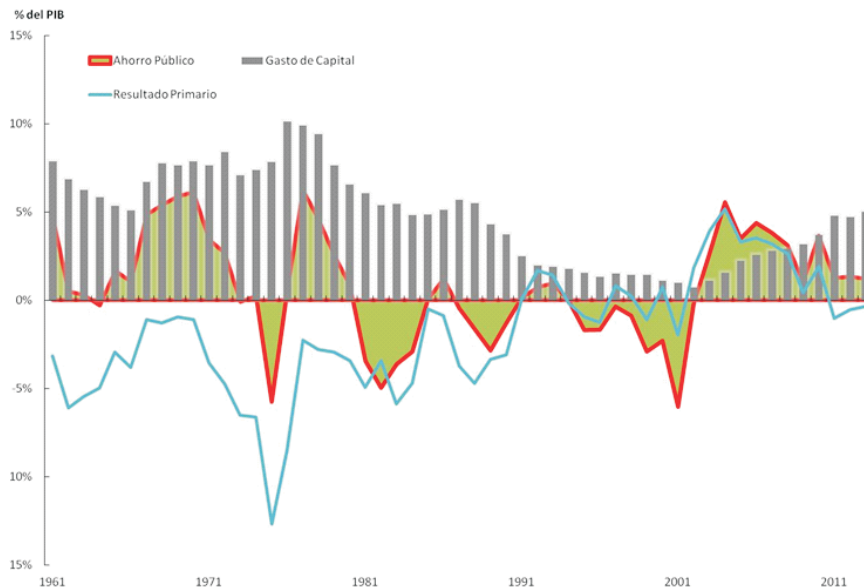
En cuanto al financiamiento macroeconómico de la inversión, se observa como la disponibilidad de financiamiento externo (déficit de cuenta corriente = endeudamiento) marcó el ciclo de la inversión hasta la última década cuando la restricción de financiamiento externa parecería haberse relajado y se produjo un ciclo inédito de expansión de la demanda de inversión financiado con ahorro nacional (sólo comparable al breve lapso entre mediados de la década de los 60's y 1970, ver Gráfico 5).

Cabe destacar el período que involucra al programa político y económico de la última dictadura a partir del cual se incrementó el endeudamiento externo y disminuyó considerablemente la tasa de inversión. Luego, en los años ochenta, tras la crisis de la deuda, se vuelve a verificar el ajuste de la falta de financiamiento externo y en los años noventa se registra nuevamente una brecha considerable, reflejo de una disminución de la tasa de ahorro mientras se recuperaba la inversión que fue financiada con más endeudamiento externo, situación que conllevó a la crisis del régimen de convertibilidad. Por contraste, la propensión al ahorro, que se elevó fuertemente en 2002 en medio de la crisis, siguió creciendo en la recuperación posterior, lo que mantuvo la cuenta corriente en valores superavitarios, no obstante la fuerte suba de la inversión.

Además, en la última década fue significativa la contribución del ahorro público, si bien este no alcanzó como porcentaje del PBI los niveles máximos observados en las décadas de los sesenta y setenta, claramente tuvo un comportamiento distintivo respecto de los noventa cuando existía desahorro público y se sostenía el superávit primario en base a las privatizaciones a la vez que la inversión pública se mantuvo en su

mínimo histórico (ver Gráfico 6).

Gráfico N°6
Ahorro y Gasto de Capital del Sector Público Nacional



Fuente: Elaboración propia en base a datos de Ministerio de Economía y Finanzas Públicas e INDEC

Comentarios Finales

A lo largo de su historia la Argentina ha experimentado un cúmulo de tensiones políticas y macroeconómicas que dificultaron la consolidación de un proceso de crecimiento económico sostenido con redistribución del ingreso a favor de los menos favorecidos, es decir, de desarrollo inclusivo.

La volatilidad en las definiciones de política y esquemas macroeconómicos entre un ciclo político y otro, y las bajas tasas de crecimiento e inversión consiguientes, tendieron a limitar u obligaron a retroceder en el camino de la industrialización deteriorando la creación de empleo de calidad y generando también consecuencias sobre la distribución del ingreso.

Además, las recurrentes tensiones macroeconómicas relacionadas con desequilibrios en el sector externo de la economía, inicialmente asociados a los ciclos de stop and go y luego al endeudamiento (principios de los ochenta y los 2000), las sucesivas escaladas cambiarias e inflacionarias (décadas de los setenta y ochenta) y la apreciación y dolarización de la economía (en los noventa), enraizaron comportamientos sumamente perniciosos para el diseño y aplicación de políticas para el desarrollo, como es la tendencia a la formación de activos en el exterior por parte del sector privado y el bi-monetarismo.

Así, se conformó un entorno macroeconómico que se retroalimentó, acentuando la volatilidad, al reducir el espacio de políticas contra-cíclicas, profundizando la tendencia a la desindustrialización, induciendo a la informalidad laboral y empeorando la distribución

del ingreso.

Esta tendencia se revirtió, en parte, luego de la caída del régimen de convertibilidad. Desde entonces una política macroeconómica que procuró preservar la rentabilidad de la industria, fundamentalmente a través de una política de tipo de cambio diferencial (vía retenciones) que beneficia relativamente a los sectores no tradicionales vis-a-vis el agro, logró alterar el proceso des industrializador y, en forma incipiente, modificar la estructura productiva hacia sectores trabajo intensivos y, en menor medida, sectores intensivos en ingeniería.

Así, el PIB por habitante creció a un ritmo muy elevado, en consonancia con el superávit de las cuentas externas y, si bien dicha etapa constituyó un periodo de bonanza generalizada para América Latina, con tasas de crecimiento de la economía argentina mayores al promedio de la región en dicho periodo. La recuperación económica se manifestó además en el resurgimiento de actividades y empresas y, por lo tanto, en una reducción significativa del desempleo. En el caso particular de la industria manufacturera, se evidenció que, a diferencia de lo acontecido durante la etapa de crecimiento de la década anterior, se sostuvo el ritmo de aumento del producto por ocupado al tiempo que creció el empleo en todas las ramas de la industria.

Consecuentemente se verificó también en la actual etapa un fuerte crecimiento de la IIBF, distinguiendo entre los principales cambios sufridos al interior de ésta y en comparación a la década pasada, el mayor dinamismo de la demanda de maquinaria y equipo respecto de la construcción, el aumento en la participación pública en el total (en especial en infraestructura social) y la fuerte recuperación de la demanda de bienes de capital nacional, a pesar que la mayoría de las adquisiciones resulten importadas.

En numerosas oportunidades a lo largo de los números de Entrelíneas de la Política Económica, hemos caracterizado a la economía de la última década como caracterizada por el crecimiento, la generación de empleo, la expansión del Estado y la aceleración de la inversión, partiendo en todos los casos de niveles muy bajos en términos históricos.

A su vez, hemos puesto el acento en que este proceso no está libre de pugnas por la apropiación del excedente y las rentas que genera, incluso al interior del capital y entre los propios trabajadores, las que son dirimidas por la política. Pero también hacen reaparecer las tensiones históricas en el frente externo, que son propias de una estructura productiva semi-industrializada e incluida a la cadena de valor del capital transnacional como exportadora de commodities agrícolas.

Desde mediados de 2011, a partir de un recrudescimiento de la crisis financiera internacional, el temor a una eventual falta de divisas llevó a tomar medidas de regulación comercial y financiera con impactos directos y colaterales negativos sobre la actividad real corriente y la inversión privada. No obstante, con la recuperación de YPF, la política de vivienda (Pro.Cre.Ar.), las líneas de financiamiento reguladas por el BCRA, las reformas impulsadas en el mercado de capitales y la exteriorización de moneda extranjera mediante el desarrollo de instrumentos que puedan ser volcados a la actividad productiva y la inversión real, el Gobierno muestra que ha tomado nota de todo ello y escogido una dirección respecto de qué caminos transitar para enfrentar los problemas que aún la restricción externa ofrece a un proceso de desarrollo nacional.

La principal conclusión apunta entonces a que más allá de la holgura externa que en general ha experimentado la región, asociada a la evolución favorable en los términos del intercambio, el sector externo continúa condicionando el crecimiento de las economías del continente y la economía argentina no es una excepción. Ello es así,

porque las tasas de crecimiento sostenibles desde el punto de vista del equilibrio externo de largo plazo de nuestras economías siguen asociadas a sus determinantes estructurales, ligados al tipo de factores reales que históricamente preocupó a los teóricos del pensamiento estructuralista latinoamericano.

El principal desafío entonces, en cuanto a la definición de la inversión orientada a un modo de desarrollo, no es, como se propugna con eufemismo desde diversos ámbitos, “garantizar las condiciones jurídicas propicias” para un “ambiente de inversión” que permitan “aprovechar el momento”, sino lograr el “ambiente macro” que “garantice” un horizonte previsible de crecimiento que justifique inversiones, y crear a la vez, desde el Estado, los instrumentos financieros y los mecanismos de corrección necesarios para que el mismo se sostenga. Esto implica también, entre otras cosas, encontrar una regulación de los precios tal que las expectativas inflacionarias no erosionen las bases mismas del proceso de acumulación.

Ampliar la capacidad del sistema productivo nacional y llevar adelante las transformaciones estructurales que mejoren la productividad acortando la brecha tecnológica y generando los puestos de trabajo que caracterizaron la etapa de fuertes tasas de crecimiento que siguieron tras la salida de la convertibilidad necesita de la inversión a su vez de una porción cada vez más importante del excedente económico.

Requiere además, en consonancia a lo sostenido por la CEPAL en sus últimos trabajos institucionales, la formulación por parte del Estado de políticas productivas (política cambiaria, comercial, industrial y tecnológica), en coordinación con las laborales y sociales, que impulsen un crecimiento económico basado en una menor heterogeneidad estructural cuyo dinamismo tenga efectos positivos sobre la productividad, mejoren la distribución del ingreso y promuevan la inclusión social. Sólo así, los cambios en la estructura productiva originados en la década pasada serán sostenibles y posible su maduración en el mediano y largo plazo, ya que los determinantes estructurales que se encuentran en el origen de la restricción externa como limitante del crecimiento difícilmente desaparezcan en un plazo de tiempo acotado.

Las contradicciones del capitalismo Brasileño y el mito de la Burguesía Nacional

Por Eduardo Crespo* y Javier Ghibaudi**

“Era Vargas”: el proyecto nacional-desarrollista

En la década de 1930 Brasil inició la construcción de un Estado Nacional Moderno en aquello que hasta allí era un territorio marcado por los particularismos regionales, las oligarquías terratenientes y una inserción internacional agroexportadora periférica. La “Era Vargas”, que se extendería hasta el golpe militar de 1964, generó nuevos sujetos y relaciones de acumulación. Bajo una impronta centralizadora fueron creados héroes y feriados nacionales, grandes obras de infraestructura y las principales empresas e instituciones que dominan la economía brasileña hasta los días de hoy, como Petrobras, Vale y el BNDES. En este período también se impulsó la organización de los trabajadores bajo tutela estatal. Aunque en un contexto histórico signado por la ideología nacionalista, también fue promovida la instalación de multinacionales norteamericanas y europeas en sectores caracterizados por elevados requerimientos tecnológicos y grandes escalas de inversión. De esta etapa proviene el llamado tripé (trípode) del desarrollismo brasileño: Estado, Capital privado de origen Nacional y Capital Extranjero. Esta ‘asociación’ nacional-extranjera representaba para la dirigencia del país - Inteligencia de izquierda incluida- una vía brasileña al desarrollo en condiciones de romper con las cadenas de la ‘dependencia’.

Golpe de 1964: ascenso del desarrollismo conservador

Con la dictadura militar (1964-1985), en sus diferentes fases, el Estado continuó y amplió su ya protagónica acción en materia de planificación y grandes inversiones orientadas al desarrollo industrial. En esta etapa se consolidaron los grandes grupos privados nacionales en el sector de la construcción civil y en la intermediación financiera, especialmente influyentes en los días de hoy. El régimen militar se encargó también de reprimir toda organización sindical y política, al tiempo que impuso una severa y continua desvalorización del salario real. Como ocurrió con la mayor parte de la periferia mundial, Brasil se acopló en los '70 a la nueva ola financiera internacional signada por el crédito barato que acabaría con la crisis de la deuda externa en los '80.

El gobierno del general Ernesto Geisel y su Plan Nacional de Desarrollo el PND II

*) Profesor de la Universidad Federal de Rio de Janeiro (UFRJ).

***) Profesor de la Universidad Federal Fluminense (UFF).

representaron un momento especialmente relevante en la dictadura brasileña. Su programa de gobierno apuntó a consolidar la industria pesada y la provisión de insumos en el marco de una estrategia de autonomía nacional. Se ampliaron las inversiones de las empresas públicas y el financiamiento a sectores privados nacionales sin por ello colisionar con el capital extranjero.

Sin embargo, en algunos sectores empresariales se empezó a afianzar la certidumbre de que el gobierno con estas medidas no apuntaba únicamente a disciplinar al trabajo sino también al capital. Aunque los niveles de rentabilidad seguían siendo muy elevados, este 'excesivo' intervencionismo estatal comenzó a despertar crecientes inquietudes y resistencias. Es sintomático que fuera durante este gobierno cuando por primera vez la Federación de Empresarios Paulistas (FIESP) firmó un documento que reclamaba por el retorno de la 'democracia'.

El neoliberalismo y después...

La vuelta de la democracia y la crisis de la deuda externa fueron aprovechados por el poder económico para desactivar las políticas nacional-desarrollistas del periodo anterior. La narrativa neoliberal buscó identificarlas con el autoritarismo y la desigual distribución del ingreso característicos de la dictadura militar. Simultáneamente se las asoció con la elevada inflación y el estancamiento que caracterizaron a la década del '80 y el inicio de los 90.

Antes de asumir como presidente en 1995, Fernando Henrique Cardoso (FHC) anunció el fin de la 'Era Vargas' y del 'intervencionismo populista'. En este período se verificó un drástico re-agrupamiento de aquellas elites surgidas al amparo del desarrollismo. Las privatizaciones se financiaron en co-sociedad nada menos que con el BNDES. Éste, y los Fondos de Pensión de los trabajadores de las empresas que permanecieron siendo públicas, se convirtieron en socios accionarios principales de los grupos privados nacionales vinculados con la construcción civil, la banca comercial y el agro-negocio. Sin embargo, fueron éstos quienes asumieron la gestión efectiva de los consorcios privatizados. La burguesía 'nacional' brasileña fue la principal promotora y beneficiaria del desguace del estado desarrollista que había sustentado hasta entonces su crecimiento.

Los sentidos del Lulismo

La llegada al poder del partido de los trabajadores (PT), en 2003, combinó en forma dosificada elementos aparentemente contradictorios, como el esfuerzo por conciliar mejoras apreciables en la distribución del ingreso en un esquema macroeconómico esencialmente neoliberal y que mantiene una actitud ambivalente con las políticas nacional-desarrollistas. Por un lado, se implementaron un conjunto de medidas orientadas a promover la extensión de derechos y beneficios sociales a los sectores populares. Es el caso de los aumentos progresivos del salario mínimo, la ampliación del Programa Bolsa Familia, el plan 'Luz para todos', la reducción del trabajo informal, la expansión del acceso a la enseñanza universitaria y la extensión del crédito al consumo para los sectores populares. Por otro, no se abandonó el programa macroeconómico heredado del gobierno de FHC. Se preservó el plan de metas inflacionarias a cargo del Banco Central y se mantuvo el objetivo de superávit primario y la ley de "responsabilidad fiscal".

El segundo mandato de Lula - en coincidencia con la crisis internacional de 2008-2009 y

algunos escándalos de corrupción que afectaron a ciertos sectores del gobierno-impulsó una política económica híbrida con un sesgo más heterodoxo y teñido por algunos rasgos afines al antiguo proyecto nacional-desarrollista. Si bien el esquema macroeconómico fundamental no se modificó, la política fiscal fue más laxa y se lanzó el Programa de Aceleración del Crecimiento (PAC), consistente en un ambicioso conjunto de obras públicas. Sin abrir una confrontación abierta con los grupos económicos, fue ampliado el financiamiento público para la inversión de largo plazo (BNDES), el consumo (Banco do Brasil) y la vivienda (Caixa Econômica Federal), al tiempo que creció significativamente la inversión de las empresas públicas.

Con la llegada de Dilma Rousseff a la presidencia en 2011 -cuando los efectos más perturbadores de la crisis internacional comenzaron a diluirse- se impuso una orientación de características restauradoras. La economía retomó su marcha a ritmo de tortuga. La presidenta estaría pagando la “fiesta de Lula”, apunta la propaganda conservadora. En la elite brasileña reemerge el viejo reclamo conservador contra el intervencionismo estatal al tiempo que aparecen nuevos temores frente reciente ascenso de los sectores populares.

Debe tenerse en cuenta que esta situación coincide con condiciones excepcionalmente favorables para la economía brasileña, debido a los elevados términos de intercambio de sus exportaciones, el insignificante endeudamiento público medido en moneda extranjera, las tasas de interés nulas a nivel internacional, el abultado volumen de reservas acumuladas por el Banco Central y la extendida capacidad actual de colocar deuda nominada en moneda local. En otras palabras, Brasil no tiene a la vista ninguna amenaza de restricción externa. Lo que impide hoy un crecimiento robusto de la economía brasileña no es la reducida disponibilidad de dólares de antaño sino el temor de sus elites de impulsar el crecimiento en simultaneidad con mejoras en la distribución del ingreso y en las condiciones de vida los sectores menos favorecidos. El lulismo representa un delicado equilibrio entre la voluntad democrática de incorporar a los sectores populares al consumo de masas y la decisión de evitar un choque frontal con un poder económico que rechaza de modo enérgico cualquier tentativa de que se vuelva a promover un nuevo ciclo de desarrollo centrado en el Estado.

**La presente revista se editó en la
Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
Calle 44 N° 676 e/ 8 y 9 - 1° piso - oficina N° 13 - tel (0221)
422-4015 int 113 - Cel (0221) 15-4091960**

DIRECTOR

Lic. Gerardo De Santis

COORDINADOR

Lic. Germán Saller

CONSEJO EDITORIAL

Lic. Miguel Zanabria

Lic. Alfredo Iñiguez

Dr. Pablo Lavarello

EQUIPO DE INVESTIGACIÓN

Lic. Fernando Alvarez

Lic. Julián Barberis

Lic. Guillermo Bellingi

Lic. Roberto Collivignarelli

Lic. Matías Mancini

Lic. Manuel Rodríguez

Lic. Rafael A. Selva

Cdor. Diego Turkenich

Lic. Julieta Biasotti

Lic. Josefina Marcelo

ÁREA DE PRENSA

Lic. Edgardo Corroccoli

Lic. Federico Serra

María Verónica Torras